

En la ciudad compartida

By Jaime Mundo

Es invierno y adentro es donde pasamos más tiempo. Afuera la gente camina escondida con más materia. Pedaleo mi bicicleta por el Riverside drive un martes por la tarde, por donde la ciudad se esconde después de la calle 180. En Manhattan hay árboles y montañas diseñadas por arquitectos que soñaron y trazaron la imagen después del puente a suburbio en el primer papel que encontraron saliendo de Manhattan. Igual que la literatura en la ciudad, todas las metáforas son artificios de ficción. Imagino nadar el río entre los desperdicios: una plástica, una funda blanca, un pez muerto. Debajo del Washington Bridge, contesto su llamada. Estaba perdida en alguna parte de Queens y no sabe regresar de vuelta al apartamento. El monstruo de Manhattan la calma y le apaga todas las voces que quedan después de la resaca. Continúo pedaleando más fuerte sacudiendo el frío al lado del Hudson que va cambiando de personalidad mientras más se acerca a la ciudad. Navego su costa en bicicleta. Me invento... Me reinvento... Quemo el papel... Empiezo de nuevo... Encuentro al lado del río las ruinas de la ciudad letrada y a Cabeza de Baca como un mendigo esperando que zarpe el barco. Encontrando su verdad y perdiendo su lengua en la espera. Pero no soy ejemplo para nadie, maldigo esta lengua, la que me rodea y me da instrucciones. No se puede vivir en el medio de la avenida en un limbo lingüístico.

La conocí en el trabajo. Su pelo negro y largo escondía su tristeza. Estudiante del modelo norteamericano, *work hard, play hard*. Producto de la vida urbana: gastar, consumir para luego repetirse en la mañana. En su ignorancia de experiencias más profundas, a cambio entiende el mundo por medio de imágenes producidas por un flujo de información entre tazas de café orgánico *fair trade*. Tener la ilusión que el campesino se le pago más. Toma café, sin nunca pisar una finca, arrancar la semilla, subir la montaña, ensuciarse las botas de lodo y ser sorprendida por una serpiente. Todo esto se le escapa cuando ordena un café grande.

Llevaba una falda negra, blusa blanca, un collar de perlas pequeñas y unos tacones negros con la suela roja. Su sensualidad emanaba una delicadeza que detenía el tiempo. Se llamaba Sasha, hablamos de números y el formulario 1020. Yo tratando de mantenerme casual a cualquier precio. Fue un acto sexual... Un desplazamiento de placas tectónicas...Un naufragio en aguas heladas... La cama era un océano azul, un infinito donde el silencio casi siempre lo traga todo. La gravedad de la cama cedió al eje magnético de su figura y el centro de gravedad se trasladó a sus caderas. Cuando terminamos se levantó bruscamente buscando el celular, pensó dos veces y volvió a la cama para eso de no sentirse culpable que cometía un *hit and run*.

-Dale, ofrécame algo para tomar.

Un par de latas de cervezas que era lo que el presupuesto me permitía. La conversación fue un pretexto para descansar. En verdad no tenía nada que decir. La segunda vez hicimos el amor a la hora del almuerzo, como si fuéramos dos amantes que se encuentran siglos después.

Se descompuso tan pronto perdió su trabajo. Dejo de limitarse a empolvase en el baño. El polvo blanco apareció en la cocina y en la mesa de la sala como una película de los ochenta rodada en Miami. Después de la llamada desde Queens todo cambió. Se me perdió en el mes de febrero.

Ella sangrando por la nariz en la estación del subterráneo. En una catatonía existencial que perforaba y corrompía nuestro pretexto de relación. El apartamento al lado de la escalera como en la ambientación de una obra teatral de corte realista resultaba demasiado asfixiante para las ambiciones de un escritor frustrado. Los platos sin lavar y su ropa por el piso era el terreno a negociar. Yo en la cama esperándola. Esa era la imagen constante. Las esperas se convierten en obsesiones y son espacios donde la muerte se acerca mientras uno espera impaciente que llamen su número. Espero y me engaño, como una farsa barroca, saldando las cuentas con tarjetas de crédito. Ella en el cuarto en un viaje caribeño reconstruyendo memorias que ya hace tiempo le dejaron de pertenecer y que tampoco son mías.

Se le dibujaba una sonrisa la hora del desayuno, leía el periódico fingiendo algo de rutina doméstica. Pasábamos las tardes de abril en el matiné del sótano del Lincoln Center. La mochila y un termo con cerveza tibia. Iba semanas enteras sin nada, limpia. Noches enteras sin dormir, sentada frente a la ventana que da a otras ventanas. Un infinito de calles y avenidas silenciosas que dan al río. La gente vive en ellas con ideas liberales saldando la cuenta de sus antepasados con la herencia adquirida en la piel. Y nosotros en el cuarto haciendo el amor en la cama que crujía y era escuchada por el todo el edificio. Un día a finales de marzo no regresó. Quizás volvió a Iowa entre terrenos agrícolas y sueños de suburbio. Yo me empeño en sudar mi fracaso en la ciudad. Me disuelvo en la calle. Trato de adivinar todas las historias perdidas de la ciudad. No quiero vivir en silencio, quiero mis calles y mi español contaminado, mezclado con un inglés fragmentado. Quiero pasar desapercibido. Quiero tomar las tazas de café con otras soledades. Las mesas en los cafés algunas veces se comparten y de ellas nunca se escribe nada.